

FUNDADO EL 1.º DE ENERO
DE 1859 POR LOS Pbro. JUAN I.
BIMBOLINO, TOMAS O. CAMA-
CHO y Dr. LUIS P. LENGUAS

Aparace los Sábados
Bajo el Patronato del Consejo Superior
de los Círculos Católicos de Obreros
del Uruguay

Administrador:
Arnaldo Pedro Parrabère

EL AMIGO

DEL OBRERO Y DEL ORDEN SOCIAL

OFICINAS:
URUGUAY, 1262 casi eq. YI
H O R A R I O :
Días hábiles: de 8 a 12 y de las
14 a las 18.
Sábados: de 8 a 12
Teléfono La Uruguay 1551 (Cordón)
TARIFA DE SUSCRIPCION
Mensual \$ 0.25
Anualidad adelantada 3.00
América y España, por año, " 3.60
Oro " 4.70
Europa, por año, Oro 4.70

CRISTO VIVE, REINA E IMPERA

Montevideo, sábado 11 de Marzo de 1933.

AÑO XXXV — (PORTE PAGADO) Núm. 2842.

El Homenaje de la Causa a un gran Hombre de Fe

ALGUNOS DE LOS HERMOSOS DISCURSOS PRONUNCIADOS

El homenaje que la Causa tributó al doctor Lenguas, fué un magnífico exponente de las virtudes que distinguieron a este varón excelso que fué dadivoso con todo lo que recibió de Dios, para la propagación de su doctrina.

A través de la semblanza de algunos de los discursos que publicamos — en la imposibilidad de publicarlos todos,—se pone como en alto relieve la vida sencilla y fecunda de este hombre, oportunamente llamado "el obrero de la Providencia". Una vida tan alta, es un ejemplo digno de recordación continuada. Por lo que nos enseñan y por lo que señalan en esa vida, publicamos estos discursos del doctor Víctor Escardó y Anaya, Presidente del Comité General de la Acción Católica, del doctor Juan Natalio Quagliotti, Presidente del Consejo Superior de los Círculos Católicos de Obreros, del doctor Héctor Tosar Estades, que habló en representación del Círculo Católico de Obreros, del doctor Hugo Antuña, que habló por la Unión Cívica.

En esa oportunidad pronunciaron magníficos discursos, los doctores Secco Illa, Artagaveytia y Morelli, los cuales lamentamos no poder dar en estas páginas.

DESPUES DEL HOMENAJE

Antes de reanudar la vida normal del periódico en sus secciones comunes, un deber de gratitud, virtud esencialmente cristiana, nos obliga a dedicar también este número a la memoria de Lenguas.

¿Por qué es menester insistir sobre el valor extraordinario de esta personalidad?

Porque Lenguas alcanzó un alto grado de perfeccionamiento interior, en el equilibrio constante de todas las virtudes cristianas.

Es común oír este elogio y es común aplicarlo a muchos; sin embargo, no es común el tipo de hombre que él representa.

Es tan débil nuestra voluntad y tan imperfecta nuestra formación, que no estamos unidos de manera permanente durante todo el día a la noción sobrenatural de la vida, no la sobrenaturalizamos en nuestros actos.

Pensamos en Dios, tendemos hacia él, le dedicamos muchas de nuestras aspiraciones, pero no totalizamos la vida en él. Por alguna parte, cede el equilibrio constante de las virtudes.

Cuando no es la humildad la que nos falta, es el sentido de la Providencia, o el examen continuado de nuestro mundo interior...

Toda la obra exterior así realizada, vale poco; muy poco, para Dios y para nosotros mismos.

La obra exterior vale y vale mucho, cuando es trasunto fiel del Amor, del Amor limpio de todo eso que a menudo lo ahoga.

Este hombre que habla siempre de lo mismo; este otro que no menciona jamás a la Providencia y lo ve todo por el desencadenarse de los fenómenos naturales; este que no medita de manera continuada sobre sí mismo, sobre lo que es, sobre la naturaleza de su mal interior, sobre la escoria personal, sobre sus miserias del día, todos estos, no han alcanzado el reajuste interior, el gozamiento interior, el equilibrio de las virtudes cristianas.

Es esa la razón por la que tanta admiración nos encienden hombres como este, que fué precisamente lo que se debe ser.

Nos parecen hombres extraordinarios y sin embargo, son el hombre normal cristiano.

Así debíamos ser nosotros todos, los que llevamos inmerecidamente el título de católicos; buenos como él, caritativos como él, humildes como él, interiorizados como él, providencialistas como él, sobrenaturalizados como él...

No es que él sea el modelo. El modelo está en lo alto. Pero él se busca en el modelo, a su vez es modelo, en la fuente de perfección que reside en el Padre de los Cielos.

El católico, no puede ser un hombre igual a los otros: debe ser radicalmente distinto.

Y cuando es radicalmente distinto, provoca la admiración encendida de todos; y lo que es más sintomático: de todos los que no piensan como nosotros.

Eso demuestra, en los que no piensan como nosotros, la aptitud para captar la verdad cristiana, el contenido cristiano de la vida.

Zorrilla, Lenguas, Vercesi, Abascal, Cendra en lo que se nos alcanza, son representaciones del hombre ordinario del cristianismo: formaciones de la doctrina.

Vemos que el fuego de Dios los toca. La Caridad — alquimista incorpórea — al decir de una inspirada frase de Antuña, pone sus lenguas de fuego en los crisoles invisibles.

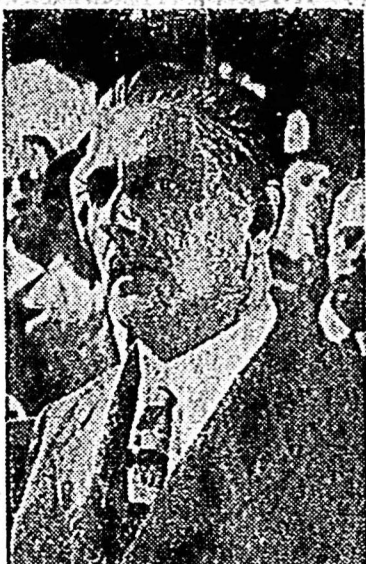
Y toda la carne infeliz se hace carne sagrada, modelable a la voluntad de lo alto.

Hay que recoger esos ejemplos, esa misma admiración nuestra y de los otros, para comenzar en nosotros mismos la obra.

Cada una de esas almas, es un aviso providencial, es un llamado de Dios. Invuquemos al Espíritu y comencemos a obrar en nosotros. Pero debe ser el Espíritu.

Si el Espíritu que invocamos no es el Espíritu Santo, tanto nos valiera, como Maritain, invocar al espíritu del vino o al espíritu de los bosques...

Marco Vinicio.



Dr. Joaquín Secco Illa



Dr. Mario Artagaveytia



Dr. Hugo Antuña

DISCURSO DEL Dr. JUAN N. QUAGLIOTTI

Señores escuchas que, en la tranquilidad del hogar, seguís con el ánimo avivado por el fuerte recuerdo, estas manifestaciones afectuosas y justicieras en elogio de un hombre que ocupó en nuestra sociedad un lugar prominente por sus virtudes y su acción social, y en el corazón de los católicos, un sitio de preferencia por sus abnegaciones y sus obras, permitid a uno que fué su íntimo amigo durante varias décadas de vida, que recibió sus enseñanzas y sus confidencias; que fué su colaborador y su compañero en tantas horas felices de combate por los ideales católicos, permitirle que os pida a vosotros un instante de silencio, un instante de quietud espiritual. Y en este instante, recogido el ánimo sobre lo augusto de la muerte, y lo insondable de los destinos humanos, dedicadle, vosotros católicos que lo conocisteis, el homenaje más fecundo y confortante de la fe; rezad una oración por él.

Y ahora escuchad. El doctor Luis P. Lenguas fué un modelo de católico en su vida privada, en su vida científica y en su vida ciudadana. Un modelo continuado, no interrumpido; no fué modelo solo en la madurez de la vida, cuando las pasiones templadas por los años y la experiencia, hacen fácil la vida ejemplar; él lo fué en todos los instantes, en su niñez placida y sencilla, y en su juventud, serena y estudiosa, dominando con la fe, la hora tranquila del despliegue vigoroso de la adolescencia.

El doctor Lenguas no fué un autodidacta, un educador de sí mismo, no debió sus méritos a sus virtudes, a un esfuerzo perseverante de asimilación, a un triunfo titánico de la voluntad sobre el medio. El fué el resultado del medio, es decir, el lo fué todo por la educación esmerada que recibió de su hogar, por los ejemplos admirables que vió, por la vida cristiana que se desarrolló a su alrededor.

El hogar donde nació y creció el doctor Lenguas, es un hogar histórico y patricio en la vida social de Montevideo y tiene desde ya marcada su página brillante en los anales, que han de escribirse en la sociedad uruguaya, de aquella sociedad en cuyo seno vivieron los hombres que modelaron la República en sus primeros pasos constitucionales. Época fragorosa, y heroica, en la que nuestros primeros guerreros, nuestros primeros tribunos, nuestros primeros reformadores, si fueron grandes en la ambición de libertad

y estóicos en la lucha por la independencia, lo fueron porque encontraban siempre en el hogar, encarnadas en sus esposas y en sus hijas, las mayores virtudes que les servían de incentivo y de perseverancia en sus luchas sin cesar renovadas.

Una de esas beneméritas mujeres fué doña Paulina Villademoros de Algorta, abuela materna del doctor Lenguas, una de las damas más templadas y distinguidas de su momento histórico, mujer espartana, símbolo ella sola de una época. Descendiente de españoles ilustres del virreinato del Perú, traía en su sangre las virtudes acendradas del cristianismo y el carácter inquebrantable de los compañeros de Pizarro. Un episodio describe y abriga su estirpe. Su esposo, don Juan V. Algorta, forjado en la raigambre de las virtudes vascongadas, progenitor de la numerosa familia de Algorta que conserva en nuestros días las tradiciones luminosas de sus antepasados, murió en la plenitud de la vida dejando a su viuda con once hijos, entre ellos, la madre futura de nuestro llorado amigo el doctor Lenguas.

¡Joven, y rica y once hijos! Pensad lo que sucedería hoy en ese hogar con la frivolidad de nuestra vida. ¿Y qué sucedió allí? Apenas rígido el cadáver del esposo, la mujer, madre tallada en piedra de estoicismo, reúne a todos sus hijos, los hace arrodillar en torno del ataúd, y ella de pie en la cabecera, con ademán augusto y tranquilo, sobreponiéndose al dolor, serena la mirada, — cuadro intensísimo de emoción para que Goya hiciera de él una tela émula de su extraordinario "Enterramiento del Conde de Orgaz" — dice a sus hijos, mirando sobre todo a los varones, ya mozos:

—¡Juradme todos ante el cadáver de vuestro padre, y por este crucifijo, que me obedeceréis completamente mientras viva, como si él viviera!

Y varones y niñas, dominados por una fuerza sobrehumana, balbucearon entre sollozos entrecortados:

—¡Sí, mamita, lo juramos!

Y estos hijos, de temple a su vez toledanos, cumplieron su juramento, y ya hombres, y ya padres; y ya casadas, y ya madres, lo siguieron cumpliendo religiosamente. La muerte inevitable fué llevándose a los ejemplares de este episodio escultural. Solo quedan dos hijas de esa dama recla, cuyo retrato ostenta, como tributo de honor, una sala del Asilo Luis Piñeyro del Campo;

dos hijas, madres venerables de dos hogares respetables de nuestra sociedad. Para ellas nuestro homenaje de respeto y nuestro pedido de excusas por haber ofendido su clásica modestia, revelando este episodio aleccionador de sus anales íntimos, que sirve magistralmente para exteriorizar las virtudes de un hogar cristiano. Solo he querido, como punto de partida, dar a conocer la fuente cristalina donde bebí el doctor Lengua la educación que le formó su carácter para la vida entera.

Decidme, ahora, escuchas que me oís en la tranquilidad de vuestro hogar, rodeados de vuestros hijos y de vuestros padres, y que sentís todas las flaquezas educacionales de la hora presente, ¿qué varones, qué damas pueden surgir de un hogar así constituido, así templado en la fe católica, dominado por una sola autoridad y una sola voluntad que vigila por el bien común? ¡Dadme un punto de apoyo — decía Arquímides — y moveré al mundo!

He ahí el punto de apoyo: el hogar con sus ejemplos y virtudes!

Mucho debió el doctor Lengua a Monsenor Lasagna y a los Padres Salesianos que lo instruyeron en su primera juventud en el Colegio Pío; mucho a Monsenor Soler, que le distinguió personalmente de entre el grupo de jóvenes que se lanzaron al laicato católico en la hora difícil de la formación de la Iglesia nacional; mucho al inolvidable Padre Morel y al insigne Padre Requena como a los demás Padres Jesuitas, cuando los trataba diariamente siendo profesor de Historia Natural en aquel primitivo Seminario que formó a lo más granado de nuestro clero; mucho a los Padres Redentoristas, que fueron sus directores espirituales; mucho a los Capuchinos, a cuya Orden Tercera pertenecía, y de cuyo espíritu tomó el sentido profundamente democrático de su humildad y de su modestia, que fueron el sello exterior de sus grandes acciones, y la esencia y el aroma de toda su vida. Pero, si mucho debió a todos ellos, fué porque buscó Lengua amorosamente su contacto, y aquí está el mérito de su voluntad y perseverancia; si mucho debió a todos ellos, fué porque su inteligencia los comprendió, y aquí está el fruto sazonado de su talento; si mucho debió a todos ellos, fué porque llevaba en sí la sustancia bendita de una orientación educacional inculcada, afianzada, fortificada en el sagrado hogar, y aquí está el mérito de la fecunda simiente. ¡El hogar!

Los que han viajado han podido ver con asombro, en los desiertos, cómo surge de cuando en cuando, una o varias palmeras, aisladas, hermosas y fértiles, en la aridez de la blanca llanura, que son ampliamente fecundadas por el sol ardiente, mientras ese mismo sol — solitario y bueno para ellas — aniquila y mata toda otra vegetación y derrama a larga distancia la soledad y los mirajes, la ruina y la esterilidad. ¿Por qué ese contraste? ¿Por qué el mismo sol, simultáneamente, caldea el arenal y en él fecunda la palmera? Es que la palmera, señores escuchas, ha enviado sus raíces a lo hondo, a las capas subterráneas del desierto, y allí, en la napa profunda de agua que mantiene latente la vitalidad de la tierra, ha ido a buscar la savia que sube, por las delgadas y largas raíces, molécula a molécula, para permitir los cambios oxigenados del tallo y de las hojas en amoroso connubio con el sol. Y así es el hogar, así las enseñanzas inolvidables del hogar, son la capa profunda que sedimenta en los subterráneos de la vida para fecundar las hondas raíces de lo noble y de lo bueno que forman el tesoro del corazón humano.

Con ese abolengo materno y con la herencia patriótica de su abuelo paterno, el general Lengua, patriota de la independencia nacional, recogida y avivada por su ejemplar padre don Pedro Lengua, que hizo de las Conferencias de San Vicente de Paul el apostolado limpio y hu-

milde de su vida, ¿cómo no había de estar preparado nuestro querido amigo para influir con su acción y sus iniciativas en el campo católico social?

Así lo vemos, a raíz de su doctorado, coadyuvando con pasión, junto al ilustre historiador don Francisco Bauzá, en la primera obra católica de pedagogía en favor de la niñez popular, creando escuelas en los diversos barrios de la ciudad, además de las primeras letras, se enseñaban, como innovación moderna, ejercicios militares para disciplinar las rebeldías con gesto grato y feliz, y una cartilla constitucional, con las nociones elementales de nuestra organización política y social, para formar futuros ciudadanos; así lo vemos más tarde fomentar, dirigir y extender las obras sociales en pro del obrero y de las clases trabajadoras: círculos de obreros, cajas rurales, Unión Cívica, prensa, conferencias, a todo dedicó sus actividades y su tiempo, y puede afirmarse, con absoluta verdad, que el doctor Lengua dejó en todas las obras nacionales de acción católica, el sello de su intervención feliz y la huella de su paso fecundo.

No fué a veces el autor de los proyectos, ni el realizador de la idea; pero fué siempre el impulsor

entusiasta con su optimismo amplio y su bondad inagotable; fué siempre con el soplo alentador de su perseverancia, el sostenedor en los decaimientos; y con su amplitud de miras, inspirado en la solidaridad fraternal, fué siempre el núcleo de cohesión en las inevitables divergencias humanas. No tenía celos de nadie, no lo enturbió jamás la envidia; tenía por eso el don extraordinario de sumar voluntades diversas a su alrededor, y su bonhomía ingénita, infundía el afecto necesario para que todos le siguieran como al apóstol abnegado y único a quien nada podía negarse, porque comenzaba él por darlo todo a la causa de su ideal.

Yo no puedo, señores, encauzar todos los sentimientos que afluyen abundantes a mi mente para enaltecer la figura del amigo, del consejero, del médico, del apóstol de la medicina moral, del ejemplar católico que deja en nuestras fias el recuerdo imborrable de un apostolado altísimo... Otros oradores, en el día de hoy, y en diversos actos,

en unión de dos ilustres damas uruguayas, vicentinas también, visitaban un día a una pobre morena tuberculosa, con muchos hijos, que socorría la Conferencia de San Vicente de Paul de la Catedral. Las tres damas visitaban sus pobres llevando, no sólo el consuelo material, sino el personal de la bondad y el amor. Ese día, la pobre morena tuberculosa fué encontrada, tomando como alimento único el mate. Agradecida a las ilustres visitantes, quiso obsequiarlas con una atención a su alcance. Y ofreció lo único que tenía para demostrar su gratitud; sirvió el mate, y como quien realiza una fina atención, lo ofrece a la dama que tenía más cerca. Esta se sorprende, pero reacciona con bondad y le dice:

—Gracias, no tomo.

La morena pasa el mate a la segunda. Esta se apresura, ya preparada, y contesta dando a su voz una inflexión de cariño:

—Me hace mal; gracias.

Entonces la morena, ya recelosa, poniendo en su semblante una ex-

presión de tristeza y dando a su mirada un aire interrogante como si dijera "¿también usted me desalra a mí?" se dirige a la tercera, ofreciéndole ya con mano temblorosa, el mate servido y rechazado dos veces:

—¿Y usted, señora?

—¿Qué puedo agregar para fijar en vuestros definitivamente el concepto moral de nuestro querido apóstol? ¿El amor a su hogar donde formara su carácter? Algo más, señores escuchas. La característica de Lengua fué su incapacidad de ofender, y en esta incapacidad de ofender estaba su gloria, porque esa incapacidad era el resultado de un hervor de virtudes en su corazón, y sobre todo, era el legado amoroso de su madre. De su madre, sí. A través de todo hombre ilustre, buscado siempre a la madre. No quiero citar nombres históricos que todos conocéis. La influencia de nuestra madre la llevamos impresa en nuestra alma, a pesar de nosotros mismos, y mueve nuestras acciones aunque no lo creamos, y nos acompaña hasta la tumba, aunque la olvidemos. Lengua tenía el culto de su madre y de ella heredó, indestructible, esa fuerte, incapacidad de ofender que equivale a una inextinguible sed de amor. Oíd:

Esa madre era dama Vicentina y

Señores escuchas; que ese grito del alma de la morena, que es grito del alma del pueblo, que el doctor Lengua sentía y escuchaba a sus horas de preocupaciones democráticas, resuene en vuestros corazones, en este primer aniversario de su muerte, como un grito de anhelo, de necesidades populares, de miserias que piden cooperación, ayuda, iniciativas, despertar del sentido democrático de la convivencia social. Que sirva ese grito para fijar la característica de la bondad y la indulgencia. Vida toda milicia, en los ámbitos de la inteligencia y de la acción. Vida sin remanso, esforzada en la continuidad de una lucha por toda nobleza y todo bien. Vida serena, en fin, sin perjuicio del afán que se agita en la entraña de toda existencia fecunda.

Acto de gratitud profundamente justiciera es este homenaje que se tributa al trabajador incansable. En los lugares de pensamiento y esentimiento de la acción católica se debiera marcar, con el laurel glorioso, los sitios que Lengua dejó para siempre vacíos.

Desde temprano, Luis Pedro Lengua se alistó en defensa de su ideal religioso. No poseía, aún, su título académico. Formó, en primera línea, en la gran falange inicial, brillante, heroica y admirable. Fué, de modo eximio, propagandista, hombre de acción, orador de amplio gesto y sugestiva frase.

Muchos años más tarde, cuando sonó la hora germinal de la Unión Cívica, Lengua — que estuvo de inmediato en la nueva agrupación política — siguió prestando, en el ambiente común del trabajo católico, el aporte insuperable de su actividad y su prestigio. Como afiliado a la Unión Cívica, permaneció, en todo momento, enamorado de su ideal ciudadano. Nombre, palabra, ejemplo, dinero estuvieron al servicio de su credo político.

Y así, su recuerdo queda perdurablemente unido, tanto al trabajo general de la causa, como a la marcha de la enseñanza cívica que él abrazó desde el principio. Río colmado, la existencia de Luis Pedro Lengua, llevó, a todos los sitios por que cruzó en largas jornadas, los dones empujados y esclarecidos.

Hombre de una pieza. Armonía espiritual por excelencia. En la acción exterior y pública, en la inmensa tarea profesional, — que él realizó siempre con seguridad de maestro, — en el trato amistoso, un tono único presidía el desenvolvimiento de sus años. Hombre del siglo, con una austeridad fuera del siglo. Hombre en quien el corazón latía, sin desmayo, con una generosidad siempre ilimitada e igual. Mezclado a toda sufrimiento y toda angustia, mantuvo su sensibilidad despierta y viva, aunque el espectáculo frecuente del dolor suele atrofiar, en tantos, la capacidad para la simpatía compasiva. Junto a la cabecera del mal sin esperanza, él sabía proyectar la esperanza inmortal. Su caridad — alquimista incógnita — tocaba con sus lenguas de fuego, en los crisoles invisibles, la multiplicidad del dolor, para mudar el sufrimiento opaco en luz imperiosa e inextinguible.

Hombre de fe profunda, — y seguro del éxito final de las realiza-

ciones de esa fe, sintió sin duda el peligro del tiempo. Quien no ha sentido palpitar en su mano el peligro del tiempo, dice el pensador, no ha llegado a la entraña del destino, no ha hecho más que apreciar, su moribunda mejilla. Lengua sintió el peligro del tiempo, y la suma de amenazas que éste encerraba contra las cosas que él más amaba. Pero se mantuvo sereno y firme en la amplitud de su esperanza, asentada en un quicio incommovible de su espíritu.

Esta vida que rememoramos fué insuperable ejemplo. Palpitante enseñanza, en episodios y en actos, más que en la abstracción discursiva. Hay, en ella, cierta frescura de parábola. Puede advertirse en ella, — nutrida de renunciamento y altruismo — cierto aire matinal de Evangelio. Cuando, alguna vez, probamos al espíritu de Luis Pedro Lengua, solía venirnos a la mente, como en una vaga reminiscencia, la hora aquella en que el viajero de la creación enorme, que atravesó los sitios de sombra, advierte que vuelven las estrellas.

Y recojo, señores, en esta mañana luminosa y cordial, todo el afecto nuestro por esta figura que se fué, de relieve tan puro y tan alto.

No plantaremos, junto a su tumba, el sauce que reclamaba para la suya el poeta romántico. Hay testimonio más duradero que el árbol. Es la gratitud de las obras morales en que Lengua puso corazón y talento. Es la unión cristiana de todos en el recuerdo melancólico y en el homenaje profundo.

Recordación piadosa del Círculo C. de Obreros

Los años de existencia del Círculo, le han permitido contar entre sus capellanes, algunos de gran mérito y virtud. El nombre del Padre Cendra, S. J., llena, no tanto en extensión de tiempo, cuanto en intensidad de obras, páginas de notables perduración en el ejercicio de la caridad sacerdotal.

El Directorio del Círculo, como homenaje piadoso, hizo celebrar el lunes 6, a las 8 horas, tres misas simultáneas, a la misma hora que en sufragio de su alma, las catequistas del Colegio del S. Corazón (PP. Jesuitas), también le harán celebrar.

El amor y la gratitud que el Padre Cendra, suscitó en los hogares de los asociados del Círculo, congregará, sin duda, una multitud de asistentes a dichas misas.

A continuación publicamos, la sentida página que para la Memoria del Círculo, redactó su muy

El P. Cendra que fué recordado en el Cementerio Central

Excelso Patrono del

Círculo Católico de Obreros

La solidez y la paz, la fidelidad y el honor del cristiano hogar, por las doctrinas anárquicas y las costumbres paganas reciben el formidable arietazo de su disolución.

En contra de ésta, SAN JOSE, desde el jardín purificador y balsámico de Nazaret, nos enseña las dulzuras y alegrías del hogar donde florecen seculares e inmarcesibles, la pureza de las costumbres, la sencillez de la vida, la presencia de DIOS en cada uno de nuestros actos.

Morir en la amistad de SAN JOSE, es garantía celeste de una santa muerte en los brazos de Jesús y de María.

Champeau.

"S. A. P."

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Señores escuchas; que ese grito del alma de la morena, que es grito del alma del pueblo, que el doctor Lengua sentía y escuchaba a sus horas de preocupaciones democráticas, resuene en vuestros corazones, en este primer aniversario de su muerte, como un grito de anhelo, de necesidades populares, de miserias que piden cooperación, ayuda, iniciativas, despertar del sentido democrático de la convivencia social. Que sirva ese grito para fijar la característica de la bondad y la indulgencia. Vida toda milicia, en los ámbitos de la inteligencia y de la acción. Vida sin remanso, esforzada en la continuidad de una lucha por toda nobleza y todo bien. Vida serena, en fin, sin perjuicio del afán que se agita en la entraña de toda existencia fecunda.

Acto de gratitud profundamente justiciera es este homenaje que se tributa al trabajador incansable. En los lugares de pensamiento y esentimiento de la acción católica se debiera marcar, con el laurel glorioso, los sitios que Lengua dejó para siempre vacíos.

Desde temprano, Luis Pedro Lengua se alistó en defensa de su ideal religioso. No poseía, aún, su título académico. Formó, en primera línea, en la gran falange inicial, brillante, heroica y admirable. Fué, de modo eximio, propagandista, hombre de acción, orador de amplio gesto y sugestiva frase.

Muchos años más tarde, cuando sonó la hora germinal de la Unión Cívica, Lengua — que estuvo de inmediato en la nueva agrupación política — siguió prestando, en el ambiente común del trabajo católico, el aporte insuperable de su actividad y su prestigio. Como afiliado a la Unión Cívica, permaneció, en todo momento, enamorado de su ideal ciudadano. Nombre, palabra, ejemplo, dinero estuvieron al servicio de su credo político.

Y así, su recuerdo queda perdurablemente unido, tanto al trabajo general de la causa, como a la marcha de la enseñanza cívica que él abrazó desde el principio. Río colmado, la existencia de Luis Pedro Lengua, llevó, a todos los sitios por que cruzó en largas jornadas, los dones empujados y esclarecidos.

Hombre de una pieza. Armonía espiritual por excelencia. En la acción exterior y pública, en la inmensa tarea profesional, — que él realizó siempre con seguridad de maestro, — en el trato amistoso, un tono único presidía el desenvolvimiento de sus años. Hombre del siglo, con una austeridad fuera del siglo. Hombre en quien el corazón latía, sin desmayo, con una generosidad siempre ilimitada e igual. Mezclado a toda sufrimiento y toda angustia, mantuvo su sensibilidad despierta y viva, aunque el espectáculo frecuente del dolor suele atrofiar, en tantos, la capacidad para la simpatía compasiva. Junto a la cabecera del mal sin esperanza, él sabía proyectar la esperanza inmortal. Su caridad — alquimista incógnita — tocaba con sus lenguas de fuego, en los crisoles invisibles, la multiplicidad del dolor, para mudar el sufrimiento opaco en luz imperiosa e inextinguible.

Hombre de fe profunda, — y seguro del éxito final de las realiza-

ciones de esa fe, sintió sin duda el peligro del tiempo. Quien no ha sentido palpitar en su mano el peligro del tiempo, dice el pensador, no ha llegado a la entraña del destino, no ha hecho más que apreciar, su moribunda mejilla. Lengua sintió el peligro del tiempo, y la suma de amenazas que éste encerraba contra las cosas que él más amaba. Pero se mantuvo sereno y firme en la amplitud de su esperanza, asentada en un quicio incommovible de su espíritu.

Esta vida que rememoramos fué insuperable ejemplo. Palpitante enseñanza, en episodios y en actos, más que en la abstracción discursiva. Hay, en ella, cierta frescura de parábola. Puede advertirse en ella, — nutrida de renunciamento y altruismo — cierto aire matinal de Evangelio. Cuando, alguna vez, probamos al espíritu de Luis Pedro Lengua, solía venirnos a la mente, como en una vaga reminiscencia, la hora aquella en que el viajero de la creación enorme, que atravesó los sitios de sombra, advierte que vuelven las estrellas.

Y recojo, señores, en esta mañana luminosa y cordial, todo el afecto nuestro por esta figura que se fué, de relieve tan puro y tan alto.

No plantaremos, junto a su tumba, el sauce que reclamaba para la suya el poeta romántico. Hay testimonio más duradero que el árbol. Es la gratitud de las obras morales en que Lengua puso corazón y talento. Es la unión cristiana de todos en el recuerdo melancólico y en el homenaje profundo.

Recordación piadosa del Círculo C. de Obreros

Los años de existencia del Círculo, le han permitido contar entre sus capellanes, algunos de gran mérito y virtud. El nombre del Padre Cendra, S. J., llena, no tanto en extensión de tiempo, cuanto en intensidad de obras, páginas de notables perduración en el ejercicio de la caridad sacerdotal.

El Directorio del Círculo, como homenaje piadoso, hizo celebrar el lunes 6, a las 8 horas, tres misas simultáneas, a la misma hora que en sufragio de su alma, las catequistas del Colegio del S. Corazón (PP. Jesuitas), también le harán celebrar.

El amor y la gratitud que el Padre Cendra, suscitó en los hogares de los asociados del Círculo, congregará, sin duda, una multitud de asistentes a dichas misas.

A continuación publicamos, la sentida página que para la Memoria del Círculo, redactó su muy

El P. Cendra que fué recordado en el Cementerio Central

Excelso Patrono del

Círculo Católico de Obreros

La solidez y la paz, la fidelidad y el honor del cristiano hogar, por las doctrinas anárquicas y las costumbres paganas reciben el formidable arietazo de su disolución.

En contra de ésta, SAN JOSE, desde el jardín purificador y balsámico de Nazaret, nos enseña las dulzuras y alegrías del hogar donde florecen seculares e inmarcesibles, la pureza de las costumbres, la sencillez de la vida, la presencia de DIOS en cada uno de nuestros actos.

Morir en la amistad de SAN JOSE, es garantía celeste de una santa muerte en los brazos de Jesús y de María.

Champeau.

"S. A. P."

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

Champeau.

DISCURSO DEL Dr. ESCARDO Y ANAYA

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En este momento de dudas y de

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En este momento de dudas y de

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En este momento de dudas y de

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En este momento de dudas y de

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En este momento de dudas y de

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En este momento de dudas y de

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En este momento de dudas y de

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En este momento de dudas y de

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En este momento de dudas y de

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En este momento de dudas y de

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En este momento de dudas y de

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En este momento de dudas y de

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En este momento de dudas y de

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En este momento de dudas y de

El doctor Escardó y Anaya habló en primer término. Lo hizo en nombre del Comité General de la Acción Católica.

He aquí su discurso:

El Comité General de Acción Católica patrocinó en nombre de todo el laicato, este magnífico homenaje.

En

ESTUDIANTES:
Adquieran Uds. el "Compendio de Historia de la Literatura" por el R. P. Juan C. Zorrilla de San Martín, S. J. Un tomo en Rústica de 600 págs. \$ 5,80. Crítica y Selección de las Grandes Literaturas Extranjeras. "LA POPULAR" de MOSCA Hnos. Avda. 18 de Julio 1574 — Montevideo

DISCURSO DEL Dr. J. POU ORFILA DOCTOR LUIS P. LENGUAS

Señoras y señores:

Hoy hace precisamente un año que se extinguió para siempre la forma viviente de aquel varón justo y bondadoso, de aquel médico ejemplar que se llamó Luis Pedro Lenguas.

Un grupo de médicos amigos me ha confiado la misión de dar forma verbal al espíritu que ha presidido a la realización de este acto recordatorio. Procuraré cumplir ese mandato con sencillez y devoción. Creo, en efecto, que tal es el mejor modo de interpretar el sentimiento colectivo de los iniciadores de este acto, procurando, al mismo tiempo, vibrar al unísono con aquel espíritu selecto, que fué la personificación de la sencillez y de la devoción.

Hemos venido aquí para rendir homenaje a la memoria de aquel hombre virtuoso, depositando en este recinto una modesta placa recordatoria, débil testimonio del afecto y del respeto que esa memoria nos inspira.

Al poner de relieve la vida y acciones del noble amigo que volvió al seno de la eternidad, honramos, sin duda, su memoria inolvidable. Pero, al mismo tiempo, nos honramos a nosotros mismos, como siempre que cumplimos con un alto deber moral. Por algo se ha dicho que el grado de adelanto de un pueblo se mide por el culto que tributa a los que fueron. Y lo que es cierto de los pueblos es también cierto de los hombres.

Vivimos en una época inquieta y agitada, en que las preocupaciones materiales saturan el ambiente y tienden a adquirir un carácter de exclusivismo, peligroso para nuestro equilibrio ético. Sería, sin duda, insensato, porque sería cerrar los ojos a la realidad, el pretender prescindir por completo de tales preocupaciones. Pero por lo mismo que esas tendencias amenazan la armonía de nuestra vida, es menester oponerles un oportuno correctivo, recordando constantemente que no sólo de pan vive el hombre, que por encima de los valo-

res materiales se hallan los valores intelectuales, y, más arriba aún, los valores morales. ¡Cuán triste sería, en efecto, un mundo entregado por completo a la vorágine de las preocupaciones puramente utilitarias; donde no existiera más que la lucha desahuciada por la existencia material, donde no se cultivara el amor a las ideas puras, donde no existiera el culto a la ciencia, donde no se conociera ni la lealtad, ni el pundonor, ni la amistad, ni la generosidad, ni el amor al prójimo, ni el deseo de mejorarse y de elevarse en el cultivo de las virtudes personales! Nadie se resignaría a aceptar la perspectiva de un mundo semejante, y mucho menos nosotros, los médicos, que conocemos, tal vez mejor que los demás, lo frágil y efímero de esta vida humana, que, como decía Jorge Manrique, en un punto se es ida...

Para conservar, en medio del tumulto de la vida social, nuestro equilibrio moral, es útil, y más que útil, necesario, detenernos de vez en cuando en el camino de la vida, elevar nuestros corazones y respirar esa atmósfera reconstituyente y superior, constituida por las vidas ejemplares. Y una de tales vidas ejemplares fué la del doctor Lenguas.

Al aquilatar las existencias de muchos hombres eminentes, vemos, con frecuencia, que no pocas de ellas carecen de armonía. Al lado de rasgos culminantes, como un talento brillante, una extraordinaria actividad, una tenacidad inquebrantable, poseen cualidades mediocres, graves defectos, bajas pasiones. Frente a tales casos, velando por nuestro interés moral, hemos de hacer abstracción de los defectos, producto de nuestra humana flaqueza, y hemos de dar la preeminencia a los rasgos más dig-

nos de imitación. Olvidamos o disimulamos los bajos defectos, en gracia a la fuerza estimulante y emuladora de las altas cualidades. Cuánto más no apreciaremos las vidas armoniosas, como la del doctor Lenguas, quien vivió como si su destino fuera mostrarnos el camino tranquilo y seguro de la ecuanimidad, — como si tuviese la intuición de que su ejemplo habría de realizar las palabras inspiradas de Longfellow:

"Huellas que acaso servirán de guía Y el perdido valor devolverán A algún hermano naufrago y errante De la existencia en el revuelto mar".

El doctor Lenguas reunió en alto grado las cualidades físicas, intelectuales y morales necesarias para el ejercicio de nuestra profesión. Físicamente, poseyó un organismo sano, un exterior simpático y atrayente y un temperamento diligente y realizador. Intelectualmente, fué un observador sagaz y poseyó una notable capacidad natural de asimilación. Pero por encima de todas estas cualidades, resplandecían en él las cualidades morales. Poseía en grado sumo, la bondad, la abnegación, la filantropía.

Se ha dicho con razón que tan sólo un buen hombre puede ser un buen médico. Ciertamente, sin bondad no se podrá ser jamás un médico completo. Y la cualidad más culminante, el atributo más sobresaliente de la personalidad del doctor Lenguas era la bondad de su corazón. Su carácter sencillo, afable, benevolente y afectuoso le conquistó la adhesión fiel y el afecto caluroso de sus enfermos y de sus amigos. Era un hombre modesto y sencillo, un carácter sereno, tranquilo y optimista, una naturaleza equilibrada y armoniosa, siempre abierta a las manifestaciones de la amistad. De aquí su popularidad

social y profesional. Una vez más se confirmó en él el viejo aforismo, según el cual, además de su capacidad intelectual, el éxito del médico depende de su carácter.

Fué uno de los médicos más queridos en nuestro ambiente. No conocía el orgullo, ni la ira, no era frío de corazón, ni egoísta, ni seco de alma, sino todo lo contrario. De su corazón generoso, como de un hogar siempre encendido, irradiaba el calor de sus sentimientos nobles y altruistas.

Creando, como siempre he creído, en la posibilidad de modelar nuestro carácter y de ser, hasta cierto punto, los arquitectos de nuestro propio destino, principalmente en los años tempranos de nuestra vida, desearía que los jóvenes a cuyo conocimiento llegue este homenaje meditaran su significado, y apreciaran el valor que para la eficacia, para la verdadera eficacia de la propia vida, tiene la bondad de corazón.

El doctor Lenguas fué un espíritu selecto. Poseía esa rara igualdad de ánimo, esa "ecuanimidad", que Osler señaló como la cualidad culminante del médico, cualidad que todos anhelamos poseer. Hay quien la adquiere en la práctica de altos principios morales o de doctrinas filosóficas elevadas. En el doctor Lenguas, la fuente, el manantial inagotable de su serenidad de espíritu, de su ecuanimidad, era la sinceridad de sus creencias religiosas.

En alguno de mis viajes adquirí cierta estampa de un artista francés, que siempre he contemplado con placer, y que en horas difíciles e ingratas de mi vida, me ha servido de ejemplo reconfortante y animador. El artista pone en escena un hombre casi inmaterial, vestido de traje ta-

lar, con su cabeza circundada de la brillante aureola de los santos, cantando alegremente, en medio de su pobreza, mientras guía un arado tirado por vigorosa yunta. El cuadro se titula: "Saint François d'Assise chantant au labour", San Francisco cantando en el trabajo. Hermosa concepción simbólica del hombre que, en medio de las dificultades de la vida, encuentra en el trabajo su destino, su consuelo y su alegría!

De igual modo, sin bajas ambiciones, sin codicia, dando ejemplo de la humildad, de la modestia, de la caridad y de la paciencia franciscanas, el doctor Lenguas consagró, en la benemérita "Sala Mateo Vidal" de nuestro viejo Hospital Maciel, y fuera de ella, 40 años de su vida a sembrar ardorosamente el bien a manos llenas.

Discípulo de Pagnalin, el cirujano "galantuomo", estimulado por el ejemplo renovador de Pouey, compañero de trabajos de Lamas y Botaro, figuró entre los más caracterizados cirujanos de nuestro ambiente. Bajo su égida iniciaron su formación técnica Iraola, Albo, Mañé y otros cirujanos de la generación contemporánea, con lo cual contribuyó a aumentar todavía más su imperecedera obra filantrópica.

Es, por lo tanto, justamente acreedor a que su nombre figure escrito en bronce, como ejemplo de virtudes todavía más firmes y más sólidas que ese metal consagratario.

Su última voluntad fué partir de este mundo vestido con el hábito franciscano, estrechando el Cristo de su fe, con lo cual quiso mostrar cuál había sido el ideal de su existencia: vivir sin bajas pasiones, cultivando las virtudes de la modestia y la paciencia, y practicando la más pura de las doctrinas: aquella que nos exhorta a "ser con los demás como quisiéramos que los demás fueran con nosotros."

He dicho.

SI SI, NO NO OBEDIENCIA

Catolicismo equivale a Obediencia.

"El que os escucha a vosotros a mí me escucha y el que os desprecia desprecia al que me ha enviado."

"Si alguno quiere seguir mis huellas renuncie a sí propio..."

Obedecer, este es el verbo de la Iglesia Militar.

El mundo moderno, en la acepción que la palabra tiene como antítesis del Reino de Dios es la monstruosa evolución de la desobediencia que se inicia con el Libro Examen protestante.

Proclamado el derecho a la interpretación personal de la palabra inspirada y divina, simultáneamente, desaparece todo rastro de Jerarquía y por lo tanto de autoridad. El organismo Iglesia padece un desmembramiento cuando cada alma se confina en un total aislamiento.

El progreso del Reino de Dios es un crecimiento del Cuerpo místico, formado por la Iglesia, cuyos miembros son los fieles, es decir los que tienen Fe y viven la vida del Hombre Nuevo sujetándose a la Jerarquía estatuida por el mismo Cristo.

Se vive cristianamente sólo con sudor en el rostro y en una lucha continua contra la tentación que resurge desde las profundidades del hombre viejo que ensoberbecido quiere ser juez e intérprete y realiza en sus extravíos sutiles o groseras aplicaciones del "Non serviam".

Para formar parte de la Iglesia es necesario obedecer a imitación de quien fué "Obediente hasta la muerte y muerte de cruz".

Sólo la obediencia mantiene la vinculación con el organismo vivo y jerarquizado cuyo Jefe es el mismo Cristo y de quien el Papa es cabeza visible, investido con la plenitud del sacerdocio, del poder y de la seguridad en dirigir a través del tiempo el rebaño inmortal.

Frente a la Verdad no caben más que dos actitudes: Sí o No. O la afirmación de la Fe en el seno de la Iglesia asistida perennemente por el Espíritu o la negación del escepticismo extremo.

El libro examen negó la Jerarquía de la Iglesia. Puesta la primera negación asombra que se hayan necesitado siglos para ir desde Lutero a Kant y desde Enrique VIII a Lenin y corroer en un último análisis las categorías mismas del entendimiento.

¿Será ésta una de las terribles ilusiones que ha de provocar la iniquidad del pecado — según las Escrituras, — como un castigo más grande que el agua del Diluvio y el fuego de la Pentápolis?

La humanidad al rebelarse contra Dios y su Iglesia cae en la esclavitud de los mitos más monstruosos.

La desobediencia lleva en sí los elementos de una máquina infernal destructora de todos los esfuerzos.

Los que se insubordinan al Orden establecido por el Salvador se convierten en las víctimas sugestionables de mayorías enloquecidas o del capricho de los tiranos.

Es preciso comprender bien esto, pues en ello se encierra todo el secreto del genio del Cristianismo.

El grande misterio de la Iglesia está definido por la Obediencia.

Hagamos un examen de nuestra actitud espiritual y comprobaremos cómo estamos lejos de la perfección.

Dios no necesita de nosotros pero nosotros necesitamos de El.

De ahí que muchas veces nos sorprendamos y pensemos ante algunas muertes: ¡qué pérdida! ¡cuán necesario era! La verdad es que Dios no parece preocuparse tanto de los hombres que accionan y crean como de los que obedecen, llámense estos como el mártir que en el momento de su conversión encuentra la muerte o como San Juan de la Cruz que obedece a sus superiores hasta la cárcel y deja a Dios extraer el fruto maravilloso de su obediencia.

Este lenguaje repugna al espíritu del mundo. Aunque en la práctica el mundo rinda tributo en un servilismo estúpido a diez mil prejuicios que la moda se encarga de cambiar a cada instante.

Obedezcamos a la Iglesia y estaremos unidos a la Vida eterna en cuyas entrañas la Gracia corre y vivifica.

Seamos sensibles a las necesidades de todo el cuerpo. No estiralicemos nuestro tiempo en pequeñas críticas y en necias murmuraciones. Que la fraternidad y la caridad enciendan nuestro celo. Acatemos la perfecta Jerarquía que asciende desde el simple fiel hasta el Cristo, pasando por el Sacerdote, por el Obispo hasta el Papa.

Que nuestra voluntad sea otra cosa que una fórmula verbal.

La unión de todos, "que todos sean como uno solo", realice visiblemente la Jerarquía querida por el Fundador para "que venga a nos el Reino del Padre y se haga SU voluntad en la Tierra como en el Cielo".

MARIO SADA.

Marzo de 1933.

Círculo C. de Obreros

CLASES DE SOCIOLOGIA

Un curso de actualidad y utilidad

El caos social impera por el desborde de los egoísmos más brutales y más impíos. Y el egoísmo soberbio y explotador, busca para encubrir sus vilezas y su barbarie, la formación de falsos sistemas filosóficos-sociales en torno a la vida y

al más allá; a la sociedad y la familia, al trabajo y la propiedad, la moral y la economía... De donde fluye el hombre endiosado, Dios arrojado de la familia, la familia destruida por el Estado.

El fundamental, claro y lógico, seguro y orientador conocimiento de la Sociología católica, nos enseñará nuestra verdad y el error de esas doctrinas que prometen el cie-

lo en la tierra y sólo dan al pueblo, una antesala del infierno.

Para propiciar esa valiosísima cultura, el Círculo Católico de Obreros, iniciará en su sede social el martes 2- de Marzo a las 21 horas, un curso de sociología. Lo dictará el muy ilustrado sacerdote, de ágil y vigoroso entendimiento. Pbro. doctor Victorino Fernández.

La clase inaugural será abierta solemnemente por el Presidente del Comité General de la Acción Católica, doctor D. Victor Escardó y Anaya.

Tenga a bien alistarse para el curso, en la Gerencia. — Lo único que se le pide es su buena voluntad para una asidua asistencia los martes y viernes a las clases de 45 minutos.

"EL QUE CANTA..."

Desde la cuna en que la madre adormece a su hijito, al son de sus ternos cantares, hasta los cantos litúrgicos de la Iglesia y los himnos patrióticos, el canto es elemento altamente educativo de los sentidos, productor de nobles sentimientos, fomentador de sana alegría.

El Círculo brinda a los socios y a sus hijos varones, clases de solfeo, gratuitamente, como iniciación del canto y de la música instrumental.

Darán comienzo en marzo. Anótese en la Gerencia.

Dicta esas clases el renombrado Prof. D. Hermógenes Urquiza, descolante personalidad musical como director de orquesta e inspirado compositor.

...su mal espanta"